

RESEÑAS

BRANDHERM, D. (2007): *Las espadas del bronce Final en la península Ibérica y Baleares*. Con un Apéndice Arqueometalúrgico por S. Rovira. *Prähistorische Bronzefunde*, Abt. IV, Band 16. Franz Steiner Vrlg., Stuttgart. 212 págs., 71 láminas. ISBN: 978-3-515-09166-4.

Como dejan entrever en su breve «*Nota Introductoria*» los editores generales de la prestigiosa serie *Prähistorische Bronzefunde*, este libro podría y debería haberse publicado hace ya muchos años. Y es de lamentar porque se trata por su concepción de una obra de referencia fundamental, en el sentido etimológico de la palabra, como fundamento o cimiento indispensable para trabajos ulteriores.

La catalogación, documentación sistemática, ilustración correcta y homogénea, y estudio preliminar de las espadas de la Edad del Bronce en la Península Ibérica fue trabajo inicialmente acometido para los *Prähistorische Brinzefunde* por la Prof.^a Marisa Ruiz-Gálvez Priego (espadas del Bronce Final) y por el Prof. Germán Delibes de Castro (piezas anteriores a esa fecha). Por las razones que fuere dicho trabajo, realizado en buena parte ya en los años noventa, no llegó a ser concluido y publicado. La situación de estancamiento sólo se resolvió cuando Dirk Brandherm (en lo sucesivo DB), autor del volumen de la misma serie dedicado a las espadas y puñales del Calcolítico y Edad del Bronce¹, se mostró dispuesto a retomar el trabajo y pudo contar, gracias a la generosidad científica del Prof. Delibes y sobre todo de la Dra. Ruiz-Gálvez, con la documentación, dibujos y el trabajo ya realizado. Con todo, dichos autores consideraron oportuno y necesario que la autoría final se atribuyera en exclusiva a DB, por lo que ésta es la firma única bajo la que aparece el volumen editado definitivamente en el año 2007.

¹ Que incluye todas las espadas anteriores al Bronce Final (Brandherm, 2003; ver reseña de dicha obra en *Gladius* por González del Campo, 2004).

La elección final de DB como autor puede considerarse afortunada dada su experiencia previa como autor único de otro volumen de la serie (Brandherm 2003), su largo conocimiento de primera mano de la arqueología peninsular en general y de las armas de bronce en particular (por ejemplo, Brandherm 1998 y 2007), y su dominio de la lengua y bibliografía españolas, cosa ésta que no puede decirse de algún otro trabajo que se ha realizado en fechas relativamente recientes sobre temática similar en la Península Ibérica, y que adolece de un conocimiento real y profundo de los objetos, los contextos y la bibliografía locales, lo que limita su alcance y utilidad. No es, desde luego, el caso de este libro.

La obra sigue la estructura tradicional —en el mejor sentido de la palabra— y conocida de la serie en la que se integra. Una *Introducción* (pp. 1-25) trata sintéticamente las cuestiones claves para comprender y contextualizar el material que luego se clasificará y presentará: la historia de la investigación, el contexto de aparición de las piezas, la cronología relativa y absoluta, los criterios de terminología y clasificación tipológica, y un comentario sobre las representaciones de estas espadas grabadas sobre superficie de piedra en las «estelas del Bronce Final». Dependiendo de las expectativas del lector, este texto podrá considerarse plenamente adecuado (si se entiende el sentido de la serie como una presentación y clasificación del material, base para estudios ulteriores) o excesivamente sintético (si se espera una completa monografía sobre todos los aspectos de las espadas, cosa que este libro —como toda la colección a la que pertenece— no pretende ser, por lo que una crítica sobre esta línea carece de sentido).

Esto no evita que no haya algunos aspectos debatibles e incluso alguna ausencia notable. La propia discusión (*vexata quaestio* sin duda)

de la distinción entre los conceptos de «espada» y «puñal» (que por cierto no aparece en la introducción, sino en el prefacio) ha hecho correr ríos de tinta (por ejemplo, Quesada, 1997: 273-276), y desde luego no puede resolverse a partir de una «barrera» de 50 cm de hoja (p. viii) que por otra parte no es «tradicional», ya que se han propuesto longitudes de 60 cm, de 50 cm, de 30 cm, etc. La solución de DB, que parte de utilizar el impreciso e incluso técnicamente erróneo criterio del DRAE (1992) (según el cual un puñal es sólo arma corta punzante, frente a las espadas que son también cortantes), tampoco es satisfactoria del todo, ya que le lleva a clasificar como espadas armas que según el criterio de partida no lo serían por ser exclusivamente punzantes (los estoques). Lo cierto es que el ojo acostumbrado detecta casi instintivamente lo que es «puñal» o «espada», por impreciso que parezca el criterio. En todo caso, hubiéramos esperado en cuestión tan importante una discusión algo más elaborada que las breves líneas que DB le dedica en el prefacio, aunque simpaticemos con una perplejidad que todos hemos sentido a la hora de clasificar hojas de tamaño mediano-pequeño, cuya funcionalidad es debatible.

La historia de la investigación de DB, lejos de presentarse como una «faena de aliño», contiene para el especialista, en sus notas a pie de página, multitud de noticias y correcciones de interés, que revelan la atención profunda al detalle que despliega DB. Por ejemplo, la espada de bronce de tipo Terni publicada reiteradamente como procedente de Bétera (Valencia) incluso por nosotros (Quesada, 1997: 179 y fig. 96) podría proceder en realidad de las colecciones napolitanas de Carlos III (DB nota 4), aunque afortunadamente este dato no afecte a la cuestión de fondo del origen de las armas de frontón de la Edad del Hierro peninsular. DB identifica también bien el hito que marcó la obra de Meijide (1988), lastrada sin embargo por la ausencia de contextos precisos y de un estudio moderno del depósito de la ría de Huelva (p. 3). Precisamente en este sentido, la publicación de la monografía colectiva coordinada por Marisa Ruiz Gálvez sobre dicho depósito (Ruiz-Gálvez, 1995), en algún sentido precedente de la de DB pero con un objetivo y enfoque muy diferente, ha facilitado mucho el avance de la investigación, de lo que se ha beneficiado obviamente también el libro que comentamos ahora.

Los estudiosos del Bronce Final encontrarán con probabilidad excesivamente esquemático el apartado dedicado al registro arqueológico (pp.

4-9), a los «depósitos», y a los contextos «acuáticos», a los que tanta atención se ha prestado en fechas recientes desde el punto de vista de la interpretación social, económica e ideológica (Ruiz-Gálvez, 1995 en España, Bradley, 1990, ambos con amplia bibliografía) que es decisiva para la comprensión cabal de estas espadas y su significado. Pero dado que estas cuestiones han dado lugar por sí mismas a amplias monografías, sería excesivo criticar la ausencia de una discusión detallada que obviamente no es parte del objetivo declarado de la obra que ahora reseñamos.

La discusión de la cronología absoluta y relativa, con inclusión del debate sobre el C14 (pp. 9 ss., completar con el Apéndice F) parece adecuada, aunque las fechas crecientemente más antiguas para la presencia fenicia en la Península, ya bien dentro del s. IX a.C., podrían suscitar una discusión enconada entre especialistas (véase Ruiz-Gálvez, 1998: 290 ss. por ejemplo).

Con cierto exceso de prudencia presenta DB su criterio de clasificación tipológica, que prefiere considerar descriptiva, tipográfica (p. 4), negando explícitamente la capacidad predictiva de una buena tipología en el terreno de la construcción de una cronología relativa (p. 4)², e implícitamente en el de la clasificación funcional de acuerdo con los criterios que hubieran podido emplear sus fundidores (p. 18). No podemos estar del todo de acuerdo en esto. Una clasificación de espadas que escoja criterios adecuados casi con seguridad será útil para el trabajo sobre ambas cuestiones, aunque evidentemente no pueda convertirse en un criterio de *fé* para una clasificación evolutiva lineal, ni para la definición de la funcionalidad de las armas. Por ejemplo, la clasificación de espadas medievales debida a E. Oakeshott, bien contrastada con evidencia iconográfica y literaria, resulta en muchos rasgos relevante y útil tanto desde el punto de vista de la cronología relativa como desde el de la clasificación funcional, sobre todo en comparación con los cambios documentados en las protecciones corporales a lo largo del mismo periodo (Oakeshott, 1981)³, al

² Aunque luego reconoce, por ejemplo, que la forma y sección de la hoja y el tamaño de los recazos presentan una evolución con implicaciones cronológicas (p. 18), e incluso en tablas (fig. 5, p. 57). Estamos seguros de que DB coincide con nosotros en estas apreciaciones y que sólo la brevedad de la discusión le impide matizar adecuadamente lo dicho en pp. viii, 4 y 18.

³ Ver también <http://www.myarmoury.com/features.html> (20-10-2008).

igual que los estudios realizados sobre la evolución de las espadas de la Edad del Bronce en el Egeo, dentro siempre, claro está, de los límites que los propios datos imponen. Coincidimos en cambio plenamente en que no hay un modo «correcto» de clasificar espadas (p. 18); la jerarquía de criterios empleados variará en función de la estrategia de la investigación; pero sin duda los que tengan valor funcional (forma de la hoja, equilibrio, estructura de la empuñadura) son a nuestro juicio preferibles a criterios morfométricos exclusivos y rígidos que a menudo llevan a situaciones absurdas (y de nuevo en ello coincidimos con DB).

Por el contrario, el tradicional criterio de «yacimiento epónimo» para denominar los tipos a lo largo de todo el libro, aunque consagrado por el uso, no acaba de convencernos porque tiende a fijar una imagen sobre el origen y dispersión de los tipos que el tiempo puede demostrar errónea; ello ha ocurrido ya con las armas de la Edad del Hierro (Quesada, 1997: 203-204 y especialmente p. 217 ss.) y puede ocurrir con el caso de las armas del Bronce Final.

Echamos eso sí de menos un glosario de términos algo más completo del presentado en la fig. 2 de la p. 20, similar al que se ha publicado en otros volúmenes de los PBF, y a ser posible multilingüe del estilo del publicado por nosotros mismos para estas mismas espadas pero sólo en el BFIII (Farnié y Quesada, 2005: figs. 4 y 5), al igual que una tabla comparativa de la terminología alemana empleada en otros volúmenes de los PBF y una tabla-resumen de criterios basada en la de ejemplares peninsulares (lám. 71).

Aunque no sea el objetivo de la obra, a los apartados ya citados de la introducción se hubiera podido —y debido— añadir otro igualmente conciso sobre la cuestión de la funcionalidad y empleo de estas armas y sus componentes (por ejemplo, la creciente discusión sobre la función de los recazos). Echamos de hecho en falta en la bibliografía trabajos como los de Bridgford (1997), Kristiansen (2002) que, centrados en el manejo de las armas, son esenciales a nuestro juicio para una discusión tipológica afinada; junto a ellos, otros más recientes que obviamente no podrían haber sido empleados en el libro de DB, como el de B. Molloy (2007) y otros. Cierto que luego, a lo largo del catálogo, la cuestión funcional aparece en primer lugar en la discusión y análisis de cada tipo establecido, pero unas consideraciones previas en la introducción, o en forma de conclusiones, hubieran permitido

entender mucho mejor el conjunto y la posición del autor sobre esta cuestión decisiva.

Sin duda el grueso conceptual y físico del libro es su catálogo detallado (y completo hasta donde podemos juzgar), de las espadas del bronce Final «que en términos de cronología absoluta, pertenecen aproximadamente al último tercio del segundo milenio y el primer cuarto del primer milenio a.C.» (p. viii), en la Península Ibérica y Baleares. Se catalogan un total de 242 piezas (incluyendo algunos moldes y fragmentos de molde, n.º 178, 184, 225-230) además de algunos elementos sueltos de contera y guarnición recogidos en los Apéndices B y C. Esto acrecienta en mucho el catálogo previo más detallado (Meijide, 1988) que —sin incluir la veintena de ejemplares Baleares— sumaba setenta y cinco piezas a las cincuenta y siete de la Ría de Huelva catalogadas por M. Almagro, 132 en total.

Como por otra parte es necesario, el catálogo de piezas, moldes (en catálogo) y elementos sueltos de vaina y guarnición (Apéndices B y C) se acompaña por otro de las representaciones de espadas grabadas en las estelas del Bronce Final (Apéndice D con 63 ejemplares).

El material se organiza de la siguiente manera: a partir de una clasificación predefinida en categorías y tipos (cuya ausencia de discusión previa hemos hecho notar, pero que es básicamente la consagrada por el uso en Europa Central y Occidental, con lo que el especialista no se perderá), cada una de ellas se articula mediante una breve descripción del tipo, un catálogo numerado de piezas que remite a la completa serie de láminas final y que supone el grueso del trabajo, y una completa y argumentada discusión funcional, cronológica, de dispersión geográfica e incluso de relación con las representaciones iconográficas. Se presentan algunas novedades interesantes en la clasificación, como el criterio de rasgos arcaicos a evolucionados en la Ría de Huelva para distinguir series (pp. 57 ss.), basado en Burgess y Colquhoun, que sin duda será debatido por los especialistas. Dichas novedades han sido ampliadas en un nuevo e importante trabajo a cargo precisamente de D. Brandherm en colaboración con C. Burgess (2008).

Prueba de la capacidad cronológica de la Tipología de las espadas del Bronce Final es la opinión de DB sobre las fechas del s. XII a.C. para las espadas tipo Ría de Huelva propuesta a partir de las excavaciones del Cerro de la Miel en Granada (p. 84-85); para DB, «tal fecha para los ejemplares más arcaicos del tipo Huelva ya

resultaría bastante alta. Para uno de los mejores representantes de la serie 3, que reúne prácticamente todos los rasgos más evolucionados del grupo, resulta inaceptable» (p. 85). En conjunto, DB propone una fecha dentro del s. X a.C. para el conjunto onubense (p. 86), de acuerdo con las fechas C14 calibradas (Ruiz-Gálvez, 1995: 78 y 158), y ligeramente más antiguas que las de principios del s. IX aceptadas en otros trabajos recientes (Farnié y Quesada, 2005: 38).

Las apreciaciones de detalles que podrían hacerse sobre los múltiples aspectos que suscita el catálogo serían muchísimas. Anotaremos por ejemplo que DB coincide con nuestro trabajo de 2005 (Farnié y Quesada, 2005: 53, 158-159 y fig. 147)⁴ en relacionar la espada en hierro de La Sep. 16 de la Joya⁵ con la espada de Isorna estudiada en su momento por Ruiz Gálvez. En conjunto, sobre las espadas más tardías de hierro recogidas por DB (La Joya n.º cat. 180; Palmarón, n.º cat. 182; Cástulo n.º cat. 174) conviene completar las discusiones de DB con las de otro libro casi simultáneo, pero realizado desde la perspectiva de lo comienzos de la Edad del Hierro, dedicado precisamente a estas primeras espadas en el nuevo metal (Farnié y Quesada, 2005).

Hemos echado de menos un cuadro-resumen que permitiera visualizar las espadas no sólo por tipos, como en el grueso del catálogo, sino por su lugar de aparición. Por ejemplo, en yacimientos con varios —o muchos— ejemplares, como Ría de Huelva, las espadas aparecen dispersas a lo largo del libro de acuerdo con la tipología que le asigna DB, lo que dificulta una visión de conjunto de la variabilidad de tipos en un mismo conjunto o lugar de procedencia, que se habría subsanado fácilmente con una tabla de datos cruzados del tipo que sugerimos. Por ello, trabajos nuevos publicados por el mismo autor complementan ya este libro (Brandherm y Burgess, 2008).

Como es habitual en los *Prähistorische Bronzefunde* el catálogo gráfico se presenta con excelente calidad y dibujo homogéneo (incluso en el caso de las piezas que no han podido ser estudiadas directamente se redibujan los diseños publicados, indicándolo expresamente). Es importante que la escala sea uniforme, a 1:3 del original, lo que obviamente facilita las comparaciones directas, aunque se mantiene el sistema tradicional, a nuestro juicio obsoleto, que indica

la escala (1:3) a pie de lámina y omite deliberadamente la escala gráfica. Esta última —manteniendo obviamente la uniformidad de escala en todos los dibujos— no sólo evitaría los embarazosos errores que se producen a veces al enviar originales a imprenta, o cuando (como cada vez es más frecuente) se escanean dibujos para montar láminas en nuevas publicaciones⁶, sino que facilitaría al ojo entrenado la estimación directa de dimensiones sobre las distintas espadas y sus elementos que aparecen en cada lámina o en la comparación de diferentes piezas.

El estudio paralelo de las armas representadas en las Estelas del Bronce Final, basado en el catálogo de Sebastián Celestino (2001) —ya desbordado por nuevos hallazgos y publicaciones— es importante y ayuda a la comprensión global de las armas en su contexto cultural. Un breve estudio general en la introducción (pp. 21-25) introduce un detallado catálogo en el Apéndice D (pp. 134-154) que distingue hasta ¡12 clases! de espadas para una muestra de 61 representaciones, lo que demuestra la dificultad de las interpretaciones tipológicas a partir de estos grabados.

El Apéndice E, a cargo de Salvador Rovira, se dedica al estudio arqueometalúrgico de estas espadas y, nos consta, apenas araña la superficie del tema, ya que tanto las consideraciones sobre la composición de las espadas y los aspectos tecnológicos son necesariamente breves; compárense por ejemplo con el estudio específico de la arqueometalurgia del conjunto de la Ría de Huelva publicado en Ruiz-Gálvez (1995). Sin embargo, abre el apetito a los trabajos ahora en curso, centrados entre otras cosas en la valoración funcional de las armas en relación con su composición metalúrgica y la técnica de fabricación. Los datos en bruto de las tablas I y II del Apéndice sin duda son del mayor interés. Lo mismo ocurre con el Apéndice F, que recopila las fechas radiocarbónicas disponibles.

El libro se completa con una amplia serie de complementos esenciales para el investigador: resumen español y alemán, completísima bibliografía —con las acotaciones antes indicadas—, índices de abreviaturas, museos y colecciones, topónimos abreviados, índice temático, e índice geográfico.

No hay que tener miedo a la Tipología bien hecha, a la clasificación y a la catalogación. Me- nos aún despreciarlas. En 1990, hace ya casi dos

⁴ No citado por DB al hallarse su libro en producción cuando apareció el nuestro.

⁵ Que nosotros hemos redibujado enderezando la lengüeta (Farnié y Quesada, 2005: fig. 18 a y b).

⁶ Errores en todo caso achacables al descuido del nuevo trabajo, no al original.

décadas, escribíamos en la conclusión de nuestra Tesis Doctoral sobre el armamento ibérico «No nos hemos convertido en unos ‘inductivistas estrechos’ (¡tremendo insulto!), ni renegamos de la elaboración de modelos teóricos como los que algunos autores empiezan a proponer para el estudio de la guerra antigua en la Península Ibérica. Creemos no obstante que un requisito fundamental de una hipótesis generada en un planteamiento deductivo debe ser que tenga la posibilidad de ser contrastada con la evidencia arqueológica. Si esa evidencia arqueológica no está sistematizada y ordenada, si no hay tipologías de los materiales, ni mapas de distribución actualizados, ni dataciones actualizadas, los modelos teóricos no son sino eso: ‘teóricos’»⁷. Mantenemos lo dicho entonces, aunque ahora lo expresariamos quizá con otros términos.

Los catálogos bien hechos son a nuestro juicio los ladrillos esenciales para la construcción de una imagen y visión del pasado. E incluso si la argamasa de la teoría se deshace, y el edificio se derrumba, los ladrillos bien cocidos, casi indestructibles, podrán en su mayoría volver a ser utilizados para reconstruir la estructura. Trabajos como éste que comentamos de DB, cuando están bien cocidos, son piezas normalmente perdurables. Sin duda estarán periódicamente necesitados de actualización, a menudo de revisión e incluso de reemplazo de algunos elementos, pero la experiencia demuestra que sus partes más áridas y «tipográficas» suelen seguir siendo útiles —y citadas— muchas décadas después de que las construcciones teóricas en cuyo seno se realizaron estén en desuso y sean curiosidades historiográficas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BRADLEY, R. (1998, 2nd.; 1990): *The passage of Arms. An Archaeological analysis of Prehistoric Hoards and Votive Deposits*. Cambridge.
- BRANDHERM, D. (1998): «Algunas consideraciones acerca de la espada de Guadalajara. ¿Un excepcional depósito desarticulado del Bronce Medio de la Meseta?». *Trabajos de Prehistoria*, 55, 2: 177-184.
- BRANDHERM, D. (2003): *Die Dolche und Stabdolche der Steinkupfer- und der älteren Bronzezeit auf der Iberischen Halbinsel*. PBF VI, 12. Stuttgart.
- BRANDHERM, D. y BURGESS, C. (2008): «Carp's tongue problems». *Durch die Zeiten... Festschrift für Albrecht Jockenhövel zum 65. Geburtstag*, pp. 133-168. Rahden (Westf).
- BRANDHERM, D. (2007): «Algunas reflexiones sobre el bronce inicial en el noreste peninsular. La cuestión del llamado horizonte «Montelavar»». *CuPAUAM*, 33: 69-90.
- BRIDGFORD, S. D. (1997): «Mightier than the pen? (an edgewise look at Irish Bronze Age swords)», J. Carman (ed.), *Material Harm*. Glasgow: 95-115.
- CELESTINO PÉREZ, S. (2001): *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Barcelona.
- FARNÍE LOBENSTEINER, C. y QUESADA SANZ, F. (2005): *Espadas de hierro, grebas de bronce. Símbolos de poder e instrumentos de guerra a comienzos de la Edad del Hierro en la Península Ibérica*. Monografías del Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo, 2. Murcia.
- GONZALEZ DEL CAMPO, E. (2004): «Recensión de D. Brandherm, Die Dolche und Stabdolche... (2003)». *Gladius*, 24: 261-264.
- KRISTIANSEN, K. (2002): «The tale of the sword. Swords and swordfighters in Bronze Age Europe». *Oxford Journal of Archaeology*, 21, 4: 319-332.
- MOLLOY, B. P. C. (2007): «What's the bloody point? Bronze Age swordmanship in Ireland and Britain», B. Molloy (ed.), *The cutting edge. Studies in Ancient and Medieval combat*. Stroud: 90-111.
- OAKESHOTT, R. E. (1981): *The Sword in the Age of chivalry*. London, Arms and Armour Press.
- QUESADA SANZ, F. (1997): *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*. Monique Mergoïl (ed.). Monographies Instrumentum, 3. Montagnac.
- RUIZ-GALVEZ PRIEGO, M. (ed.) (1995): *Ritos de paso y puntos de paso. La ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo*. Complutum, Extra 5, Madrid.
- RUIZ-GALVEZ PRIEGO, M. (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa Occidental*. Barcelona.

Fernando QUESADA SANZ
Universidad Autónoma de Madrid

⁷ Quesada, F., manuscrito de «El armamento ibérico», Tesis Doctoral UAM, Junio 1991, p. 1513.

BOËLDIEU-TREVET, JEANNINE (2007): *Commander dans le monde grec au Ve siècle avant notre ère*. Univ. Franche-Comté (París). 294 págs. ISBN: 978-2-84867-188-8.

Jeannine Boëldieu-Trevet, Doctora en Historia Antigua, es profesora del *Centre de Recherches de l'Université de Nantes* (CRHIA, Histoire des Conflits) y está asociada en la actualidad al CESAM (Université du Maine). Su principal línea de investigación ha sido la del mundo de la guerra en la sociedad griega clásica y, sobre todo, ha centrado su atención en la cuestión de la comandancia militar, tema al que consagró su tesis doctoral *Exercice et art du commandement durant la guerre du Péloponnèse* bajo la dirección de Yvon Garlan, de la cual el presente libro es la versión *remaniée*. También ha colaborado en diferentes trabajos, entre los cuales destacan «Brasidas: la naissance de l'art du commandement», en *Esclavage, guerre, économie en Grèce ancienne. Hommages à Yvon Garlan*, Rennes, 1977 (p. 147-158) y, en colaboración con D. Gondicas, *Lire Hérodote*, Rosny-sous-Bois, 2005. El libro analiza el papel del comandante y su evolución desde época Arcaica hasta finales de la Guerra del Peloponeso, y la tesis que trata de demostrar es la importancia creciente del papel del estratega a lo largo del período clásico en Grecia, importancia, por otra parte, claramente ligada a nuevas formas menos ritualizadas (entiéndase, menos «agonísticas») de concebir la guerra que culminarán en el siglo IV a.C. con el advenimiento de los grandes líderes y, por extensión, de los ejércitos mercenarios. La idea central es que este cambio se produce en el siglo V (p. 16), donde la Guerra del Peloponeso propiciará un cambio en favor de las tropas mercenarias que terminará por aislar el concepto arcaico y aristocrático del ciudadano-soldado. Hasta ese momento, la comandancia militar estuvo íntimamente ligada a la actividad cívica y política debido, principalmente, a la ausencia de ejércitos permanentes, a la estacionalidad de la guerra y a la proximidad de los campos de batalla (p. 14). La profesionalización que provocó el largo conflicto entre Esparta y Atenas rompió la idea de que el buen comandante era el aristócrata, en el sentido que por el hecho de ser aristócrata ya se le suponían buenas dotes de comandante. Este cambio fue en favor de planteamientos más objetivos, pues la nueva concepción del «buen comandante» pasaba, obligatoriamente, por la acumulación de «experiencia» y de «conocimientos técnicos», lo cual, como decíamos más arriba, generará una disociación irremediable entre «comandante militar» y «comandante civil», es decir, entre es-

tratego y magistrado (p. 16). A nivel general, y en cuanto a las evidencias documentales estudiadas, cabe señalar que la base del trabajo es la documentación literaria (historia, poesía épica y trágica, filosofía, retórica...), mientras que la epigrafía, la numismática y la arqueología parecen quedar relegadas a un segundo plano.

La obra está dividida en dos partes y seis capítulos con sugerentes títulos en los que se aborda la cuestión de la comandancia desde la visión que Homero nos dejó de sus héroes hasta el final de la Guerra del Peloponeso. En la primera parte, *De Marathon à Potidée: des citoyens courageux et habiles*, la autora analiza la herencia homérica que todavía influenciaba a los hoplitas de época Arcaica que en Maratón se enfrentaron a los persas de Darío II, donde el comandante no dejaba de ser más que «el primer hoplita» en la formación y que, por el hecho de haber sido elegido por la Asamblea, se le consideraba un «magistrado» más que tenía delegado el poder que emanaba de la soberanía de los ciudadanos de su *pólis* (p.18). En primer lugar, *L'héritage: les mots, les héros et l'hoplite*, analiza los tres conceptos que aparecen en el título: la terminología desde la «variedad» homérica (*archein, archos, orchamos andron, hegetor...*¹), en que las palabras significarían únicamente «el que va delante y origina el movimiento» (p. 21), hasta la «simplificación» de época Clásica (donde *estratègos* o *hègémôn* aparecen como los únicos términos válidos) fruto de la especialización militar (p. 27). La identificación del comandante con los héroes (sobre todo Aquiles, Áyax, Odiseo y Néstor) generará la «heroización» de los generales, por un lado, y la apropiación de héroes por parte de determinadas familias por otro (p. 34). En cuanto al mundo del hoplita, la ética heroica le «obligaba» a concebir la batalla cuerpo a cuerpo como única forma posible de alcanzar la gloria en la lucha (p. 45) aunque, por otra parte, la necesidad de un orden en el combate provocaba que el comandante se integrara en una formación eminentemente «igualitaria» (p. 50). En el segundo capítulo, *Commander en citoyen?*, se analizan por apartados, la tipología de la comandancia y su designación (real, colegial o única) en Atenas y Esparta; el control de la conducta y

¹ Todos estos términos son extraídos del famoso «Catalogo de las Naves» de la *Iliada*, II: 484-785.

competencia de los generales por parte del cuerpo de ciudadanos, quienes tienen la potestad de mandarlos al exilio o, incluso, ejecutarlos (p. 85); y, finalmente, las tensiones y contradicciones que el poder que le ha sido delegado como un «magistrado» más le ocasionan al comandante (p. 90). A continuación, *Quand l'intelligence pénètre le courage*, se estudia, desde el punto de vista de Heródoto, el impacto que en la «moralidad tradicional agonística» tuvo la Segunda Guerra Médica, la cual provocó, entre otras cosas, la aparición de una nueva forma de hacer la guerra, la marítima que, en lugar de priorizar el coraje en el combate, convirtió la «astucia» en el mérito más importante para el comandante (p. 117)². El segundo apartado hace hincapié en el valor que la inteligencia, la prudencia y la decisión tienen en el buen comandante, siendo un claro ejemplo de conjunción de estas tres virtudes el estratega Temístocles (p. 114)³, quien en Salamina demostró el valor de «comprender los pros y los contras» de una determinada decisión militar estratégica (p. 114), razón por la cual fue recompensado por los espartanos con la corona de olivo como premio al valor⁴. Así pues, esta primera parte se cierra concluyendo que hasta principios de la Guerra del Peloponeso la «moralidad guerrera» de la herencia homérica sigue estando plenamente en vigor aunque, por otra parte, las «nuevas» formas de hacer la guerra, como por ejemplo la guerra marítima, generarán importantes tensiones al romper con la tradicional y «aristocrática» disociación entre habilidad/inteligencia y coraje en la batalla (p. 135).

La segunda parte del libro, titulada *La guerre du Péloponnèse: des généraux expérimentés*, se divide en tres capítulos más en que se nos describen los profundos cambios que la Guerra del Peloponeso produjo en el sistema de comandancia y en el desarrollo de unas tácticas y estrategias que priorizaban en gran número de casos el uso de infantería ligera (sobre todo peltastas), además de arqueros o de contingentes de caballería. Fue en este momento cuando por vez primera se valoró más, en el comandante, la experiencia y la inteligencia que el coraje en el campo

de batalla (p. 139). Este, según la autora, fue el inicio de la *stratègike technè* que llevó a convertir la comandancia en un auténtico «arte de hacer la guerra» que entendía la victoria como la única forma «digna» de terminar un conflicto. Así pues, tras hacer un análisis exhaustivo de las fuentes literarias, pues fundamentalmente se basará en Tucídides y, en menor grado, en las obras trágicas de Eurípides, la autora parte de la idea que la experiencia (*empeiria*), el conocimiento (*épistèmè*) y la técnica (*technè*) eran las virtudes que más se valoraban en el comandante (p. 140). Como decíamos, Boëldieu-Trevet desarrolla todas estas ideas en la segunda parte del libro y, más concretamente, en su cuarto capítulo, *L'expérience et la métier*, donde centra su atención en la *empeiria* y en el «oficio» de los generales tanto en el mar como en tierra (p. 141). En la segunda parte del capítulo, la inteligencia, la prudencia y la audacia se suman a las ideas expuestas en el apartado anterior para concluir en el desarrollo irremediable de la *stratègike technè* y de su importancia en el mundo de la guerra (p. 175). A continuación, en *Un art de vaincre*, se analizan los medios o, por utilizar la expresión griega, el *método* a través del cual conseguir la victoria en la guerra, como por ejemplo, reclutamiento ordinario de soldados (p. 180), la elección de los generales (p. 187) y, citándonos la célebre carta de Nicias que Tucídides nos puso por escrito⁵, destaca la necesidad de invertir grandes cantidades de dinero en la guerra (p. 185-186). En el segundo apartado de este quinto capítulo B-T se centra en la actitud bélica de «hacer todo el daño posible al enemigo»⁶, es decir, las acciones no regulares de los ejércitos como, por ejemplo, las incursiones temporales (p. 193), los cortes de suministro (p. 195), el control del territorio enemigo (p. 196) o el ataque por sorpresa (p. 199). Resulta importante destacar, además, que también presta atención a la habilidad táctica a la hora de conjugar las diferentes tropas (infantería pesada y ligera, caballería, arqueros, auxiliares...) y a la capacidad para ordenarlas en el campo de batalla (pp. 204-207). El sexto capítulo, titulado *Commander en soldat?*, es, según nuestra opinión, el más sugerente de todo el libro pues en él se analiza por ejemplo la compleja articulación de la antigua concepción de la comandancia militar —la que se confundía con el servicio cívico-político— y la que conver-

² La autora cita para los dos apartados en que se divide el segundo capítulo la reflexión de Artábano, cuyo «nombre parlante» significa «el bienaventurado», en que se narran las excelencias griegas en el combate terrestre y marítimo (VII, 10). Respecto a la traducción del nombre de Artábano, Heródoto (2000): n. 76.

³ Heródoto (2000): VIII, 60.

⁴ Heródoto (2000): VIII, 124, 2.

⁵ Tucídides (2000), VII, 15, 1.

⁶ Jenofonte (1977), I, 1, 22.

tía al comandante en el «experto indispensable»⁷ que defendían los sofistas. Así pues, algunos estrategos (y pensamos, sobre todo, en la figura de Alcibiades) aprovecharon lo que más les beneficiaba, si se nos permite expresarlo en los términos siguientes, de la «nueva» y de la «vieja» concepción de la comandancia militar; en concreto, la construcción de ejércitos semi-profesionales (que es lo mismo que decir «semi-personales») con las aspiraciones políticas de individuos que, aspirando a la tiranía, pasaban por alto las instituciones estatales para ganarse el valioso respaldo del *demos* (p. 221). En este sentido, resulta indispensable el análisis «estadístico» de las reelecciones a la *strategia* (p. 222), junto al desarrollo del poder personal del comandante (p. 244). Este fenómeno inició así un nuevo proceso de «heroización» del general que fue hábilmente aprovechado por los grandes comandantes del siglo IV a.C. (p. 250).

En resumen, habría que decir que se trata de un libro con numerosos enfoques de lo más sugerentes y, en algunos aspectos, ciertamente novedosos acerca del sistema de comandancia en la antigua Grecia. Esta obra, a pesar de constituir la versión resumida de una tesis doctoral, tiene el valor añadido de explicar conceptos de gran complejidad histórica con un estilo extraordinariamente literario, pues es un libro cuya lectura resulta agradable incluso para un público amplio no especializado. Como avanzábamos al principio de esta reseña, creemos que B-T demuestra sobradamente su tesis aunque podríamos no compartir la idea que en Época Arcaica la proximidad de los campos de batalla fuesen un obstáculo para el desarrollo de un sistema de comandancia estable (p. 14) pues, de hecho, Patrice Brun sugiere la idea que los pequeños conflictos territoriales entre estados vecinos eran, en realidad, un único y largo conflicto armado, lo que, según la lógica de Boëldieu-Trevet, hubiese supuesto el desarrollo del sistema de comandancia⁸. En cualquier caso, echamos de menos el uso de otro tipo de fuentes al margen de las literarias como, por ejemplo, las numismáticas o las arqueológicas, y más concretamente pensamos en las cerámicas. En esta línea creemos que un estudio iconográfico en ambos soportes hubiese ofrecido más datos de los que en principio maneja la autora. Otro aspecto que echamos de menos es la no mención del papel que los comandantes y los ejércitos mercenarios

jugaron en el desarrollo y evolución del proceso del cual este libro convierte en su eje central, a saber, el sistema de comandancia. Seguramente la autora los considera, al menos en el siglo V, como un simple producto residual de las crisis sociales acaecidas en el mundo de la *pólis*, o, expresado con la fórmula que hizo historiográficamente célebre su director de tesis, como una vulgar «patología social»⁹. Como decíamos, esta carencia sí que nos parece concluyente, pues, como han reivindicado recientemente autores como Robert Knapp¹⁰ y Mathew Trundle¹¹, el mercenariado ha aportado más a la comprensión del desarrollo del mundo de la guerra y, por extensión, a la historia de Grecia de lo que los estudios académicos tienden por lo general a reconocer. En cualquier caso, como ya hemos dicho, nos parece un libro bien documentado en las fuentes literarias, bien estructurado en su contenido y, sobre todo, excelentemente argumentado. En resumen, una obra que el lector especialista debe conocer y que, dado su agradable estilo literario, puede incluso ofrecer al lector no especializado una buena excusa para adentrarse en la historia de Grecia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANDREWS, A. (1962): «The Mytilene Debate, Thucydides III, 36-49». *Phoenix*, 18: 83.
- BRUN, P. (1999): «Introduction: Pourquoi la guerre?», P. Brun (coord.), *Questions d'Histoire. Guerres et Sociétés dans les mondes grecs (490-322)*. Editions du Temps: 7-17.
- GARLAN, Y. (1972): *La guerre dans l'Antiquité*. Paris.
- HERÓDOTO (2000), *Historia*. traducción y notas de Carlos Schrader. Madrid, Gredos: vol. VII, n. 76.
- JENOFONTE (1997), *Helénicas*, traducción y notas de Orlando Guntiñas Tuzan. Madrid, Gredos.
- KNAPP, R. (2002): «Greek Mercenaries, coinage and Ideology». *Eulimene*, 3: 169-183.
- TRUNDLE, M. (2004): *Greek Mercenaries, from the Late Archaic Period to Alexander*. London/New York.
- TUCÍDIDES (2000), *Historia de la Guerra del Peloponeso*, traducción y notas de Juan José Torres Esbarrancho. Madrid, Gredos.

Daniel GÓMEZ CASTRO
Universitat Autònoma de Barcelona

⁷ La expresión aparece por primera vez en Andrews (1962): 83.

⁸ Brun (1999): 7. En este punto, sirva de ejemplo el caso de Atenas y Tebas por el Oropos.

⁹ Garlan (1972): 95.

¹⁰ Knapp (2002): 183-169.

¹¹ Trundle (2004).

SOUZA, Philip de (coord.) (2008): *La guerra en el mundo antiguo*. Madrid, Akal. 320 págs.; ill. ISBN: 978-84-460-2766-9.

La Historia Militar se ha desarrollado en el mundo anglosajón en dos direcciones conectadas pero hasta ahora paralelas, con su reflejo a menor escala en España¹. Por un lado, el ámbito académico, universitario, con una muy estimable y rigurosa producción que abarca todos los periodos y temas. Por otro, y de manera casi independiente, el mundo aficionado de los «*wargamers*», coleccionistas de figuras de plomo, los uniformes y armas. Este último es un mercado más amplio de lo que pudiera parecer, fuente de una floreciente industria editorial, como muestran desde hace muchos años la masivas colecciones editadas por *Osprey*, *Montvert*, *Arms and Armour Press*, *Greenhill* y otras muchas editoriales. Los autores de estos libros han salido durante mucho tiempo de las filas de los propios aficionados, y la calidad de los mismos oscila entre trabajos excelentes en el conocimiento de los detalles arcanos de armas o uniformes hasta libros claramente prescindibles. Pero en todo caso, la carencia de las herramientas del oficio suele manifestarse en esta variedad en la ausencia de bibliografías —y por supuesto de notas—, de citas correctas a las fuentes, de distinción entre datos y opiniones y en la carencia de otros rigores que serían requisito mínimo en cualquier trabajo no ya de investigación, sino de divulgación seria.

Entre las publicaciones puramente académicas y las divulgativas, existe una amplia zona intermedia que desde hace años vienen cubriendo libros escritos por especialistas, destinados tanto al ámbito de los estudios universitarios como al de ese público general cada vez más informado y al que ya no basta la bibliografía más elemental. Los que abarcan el mundo antiguo —normalmente la época clásica de Grecia y Roma, pero también Asiria, la Edad del Bronce, la Prehistoria, etc., suelen ser libros excelentemente ilustrados tanto con material original (objetos arqueológicos e iconografía) como con reconstrucciones muy estudiadas. A este grupo² pertenece el libro que reseñamos.

¹ Esta reseña es una versión reducida de otra más amplia publicada en la revista de crítica literaria *Revista de Libros*, Diciembre de 2008.

² Así, los «clásicos» de Peter Connolly, *Greece and Rome at War* (primera edición, Londres 1981); o John Warry, *Warfare in the Classical World*. London, 1980. Más reciente, la serie editada en español por Libsa

Una de sus peculiaridades es que, frente a otras obras similares de autor único, como las citadas arriba, se trata de una obra colectiva que intenta abarcar toda la historia de la guerra en el mundo antiguo, desde la «guerra primitiva»³ hasta la guerra con armas blancas entre los imperios americanos precolombinos hasta la llegada de los españoles a fines del s. XV. El coordinador, Philip de Souza, es bien conocido por sus aportaciones a la piratería naval en la Antigüedad (en la investigación) y a la guerra en la antigua Grecia (en la divulgación)⁴. Su selección de los autores de cada capítulo es en general excelente aunque, como es común en el ámbito anglosajón, limitada a autores ingleses o americanos, con la ocasional excepción de un foráneo inserto en el mundo universitario inglés (Hans van Wees, holandés pero profesor en el University College London y plenamente inserto en la tradición investigadora británica). Casi todos son especialistas ampliamente reconocidos en el mundo universitario, con publicaciones importantes, aunque en casos concretos se manifiesta, como se verá, una descompensación en el tratamiento de temas concretos ajenos a la investigación *mainstream* del mundo británico. En los últimos años las principales editoriales británicas vienen publicando trabajos de gran volumen —superior a las 500 e incluso las 1000 páginas— sobre la guerra antigua en diversas facetas, con el rasgo común de ser obras colectivas. Casi todas, además, repiten un número no despreciable de autores. Es el caso de la masiva *Cambridge History of Greek and Roman Warfare* en dos volúmenes⁵, editada por Hans van Wees, Philip Sabin y Michael Whitby (repiten cuatro autores con el libro que comentamos). También el de *A Companion to the Roman Army*, coordinado por Paul Erdkamp⁶ (comparte

en la que se incluye S. Anglim y otros (2006, edición original 2002) *Técnicas bélicas del mundo antiguo*. O nuestro propio y reciente libro, F. Quesada, *Armas de Grecia y Roma*. Madrid, La Esfera, 2008.

³ Para la que en español contamos ahora con el excelente J. Guilaine, J. Zammit, *El camino de la guerra. La violencia en la Prehistoria*. Barcelona, Ariel, 2002).

⁴ Especialmente P. de Souza, *Piracy in the Graeco Roman World*. Cambridge Univ. Press. 2002.

⁵ 1328 páginas, más de 200 €.

⁶ 600 páginas, unos 100 €.

tres autores con el primer libro, dos más con el segundo).

Aparte de la cierta homogeneidad de enfoque que proporciona la repetición de determinados autores más mediáticos y que forman parte del *establishment* académico anglosajón, es obvio que los libros colectivos de este tipo suelen plantear problemas contrarios de falta de homogeneidad de redacción. En el caso que nos ocupa, Philip de Souza ha realizado un buen trabajo de revisión y el conjunto no se resiente de la amplia disparidad de autores. Sin embargo, carece de la unidad de propósito propia de un libro de autor, y de una *tesis personal*, algo evidente cuando se observa la ausencia de un capítulo final de recapitulación, que unifique la doctrina, plantee conclusiones y líneas de trabajo generales, y proponga ideas de amplio alcance. De hecho, tal carencia se hace más evidente aún por la presencia vagamente compensatoria, en la Introducción, de un apartado algo raquítico de cuarenta y seis líneas titulado «La perspectiva de conjunto» (pp. 12-13). Puede argumentarse, con todo, que el objetivo de un libro como este no es la Tesis, sino la recapitulación, y en eso cubre su cometido con corrección e incluso con brillantez.

Dentro de la línea de lo políticamente correcto, la obra huye del eurocentrismo, abarcando el globo terráqueo. Sin embargo, es inevitable que, dada la disparidad de los conocimientos actuales y la formación de los autores, haya un claro sesgo hacia el Viejo Mundo y, dentro de él, a la tradición circunmediterránea que, comenzando en la Edad del Bronce con los grandes estados del Creciente Fértil, lleva al mundo helénico y romano. De los dieciocho capítulos, el primero se dedica a la «guerra primitiva»; cuatro tratan el Creciente Fértil (Egipto antiguo, el Próximo Oriente antes del 612 a.C., el Imperio Persa Aqueménida, Partos y Sasánidas); siete se dedican al mundo grecorromano y su periferia inmediata; cuatro a Asia (Asia Central de los escitas a los hunos, el subcontinente indio, China y el complejo Japón-Corea); y finalmente dos a la América Precolombina (Mesoamérica de los Olmecas a los Aztecas y el mundo andino). Con todo, el esfuerzo por proporcionar una visión seria y completa de las culturas extraeuropeas tradicionalmente descuidadas en este tipo de libros es loable, y se consigue en medida mucho mayor que en otras obras de este tipo. Se trata sin duda de uno de los puntos fuertes del libro.

Como el propio de Souza comenta en la introducción (pp. 8-9) las disparidades en el ritmo

de cambio en distintas regiones del globo hacen que el ámbito cronológico abarcado varíe mucho. Mientras que en Europa el trabajo se detiene con la caída del Imperio de Occidente a fines del s. V d.C., en América se tocan temas de finales del s. XVI d.C. La unidad básica es pues la guerra sin armas de pólvora, pero excluyendo en Eurasia los procesos posteriores a la caída del Imperio Romano, el nacimiento del Islam y la dinastía Tang en China, esto es, el marco 476-618 d.C.

El principal problema de un libro que es a la vez extremadamente ambicioso en su contenido y que está muy dotado de ilustraciones y encartes, pero que a la vez tiene exactamente sólo 300 páginas de texto, es que abarca mucho, y por tanto aprieta lo justo. Sin embargo, la impresión general es correcta: sin hallar demasiados detalles, el lector interesado encontrará una información actualizada, equilibrada y razonablemente completa. Ahora bien, el lector bien informado, y desde luego el especialista, puede sentir que en los temas que conoce bien el tratamiento es superficial aunque sea correcto. Pero entonces puede aducirse también que el libro no se ha diseñado pensando en este tipo de lector.

Desde el punto de vista de la versión española no deja sin embargo de ser irritante el contenido del capítulo 9, «Las culturas guerreras celtas e ibéricas» (pp. 157-171). Escrito por L. Rawlings, es una muestra clara del tradicional desconocimiento de las cosas «de aquí» por la investigación anglosajona, y de su pereza para leer en algo que no sea la lengua de Shakespeare. El desequilibrio entre «lo celta» (europeo) y lo hispano (incluyendo iberos y celtíberos) es palmario en el capítulo, y muy superior a la proporción de la información científica existente para ambos mundos y a su relevancia comparada.

No olvidemos que, en la guerra antigua, la posición de Hispania en las Guerras Púnicas y la conquista romana, es al menos tan relevante en su conjunto como la del mundo galo y celta-europeo tomado globalmente. La guerra de Aníbal se libró en parte, y en buena medida se decidió, en Iberia; el ejército romano adoptó modificaciones sustanciales en su estructura, bajo Escipión, en la Península (adopción de nuevas armas, primeros mercenarios, primera adopción de la cohorte, flexibilización del sistema táctico). Desde el 195 a.C. y hasta el Cambio de Era, Roma libró en Hispania algunas de sus más duras campañas, luchando contra enemigos organizados, decididos y competentes, y lo ocurrido en territorio peninsular ejerció un papel sustan-

cial en el conjunto de la Historia Militar durante dos siglos completos. El estudio de la organización militar de los pueblos peninsulares, que tanto aportó a Roma, ha sufrido una verdadera revolución en los últimos veinte años, que no es perceptible en el capítulo de Rawlings. De hecho, si comparamos el número de ilustraciones y su peso relativo en la maquetación, el agravio comparativo es palmario: quince dedicadas a los celtas europeos, cuatro a Iberos y Celtíberos —y además vulgares por archiconocidas—. La bibliografía citada para el capítulo, de quince títulos, sólo incluye uno referido a Iberia, y además resulta claro que incluso éste no ha sido aprovechado en absoluto para preparar el texto, donde el contenido sobre ibéricos y celtíberos es prácticamente nulo, centrándose en dos tópicas referencias a Viriato, y el consabido comentario sobre el papel de Hispania como campo de batalla de la Segunda Guerra Púnica⁷.

Aunque es imposible hacer un examen de cada capítulo, conviene en justicia anotar que mayor y mejor calado tienen algunos otros aparte del comentado. En particular el dedicado por Jon Coulston a la Roma Imperial, síntesis adecuada que renuncia a la historia narrativa de acontecimientos para estudiar los elementos y mecanismos de la guerra aplicando conceptos interesantes como el de «visibilidad arqueológica» de un ejército (p. 186). Hans van Wees hace un intento parecido, aunque al carecer de la completa y «moderna» estructura de un ejército como el romano altoimperial, se centra en el concepto de «milicia ciudadana» común a la Grecia Arcaica y clásica (pp. 107 ss.). En general los capítulos que minimizan la historia de acontecimientos resultan más eficaces que aquellos que siguen más un esquema cronológico descriptivo, como David Potter para el mundo helenístico (pp. 119 ss.). Debe reconocerse que en casos como el abordado por Nigel Tallis, a quien se responsabiliza de estudiar en apenas veinte páginas la guerra durante tres mil años en todo el Próximo

Oriente asiático, incluyendo sumerios, acadios, babilonios, hititas, asirios y otros, se plantea una tarea casi imposible, resuelta con competencia e ingenio, aunque con cierto desequilibrio.

El libro está ampliamente ilustrado con más de 300 imágenes a color y blanco y negro. En la mayoría de los casos se han buscado imágenes que se separen de las obvias (especialmente en el capítulo de Nick Sekunda dedicado a los persas aqueménidas, o en el de van Wees sobre la Grecia arcaica y clásica), y para los lectores acostumbrados al mundo grecolatino, los capítulos dedicados a Asia serán una bienvenida novedad en este sentido. Debe eso sí indicarse que las reconstrucciones en forma de dibujos, sobre todo de Peter Connolly, o los gráficos tácticos de Adrian Goldsworthy, no son originales sino retomadas de publicaciones anteriores. Los planos de batallas se apuntan a la moda de las reconstrucciones tridimensionales con cientos de «hormiguitas» dibujadas, y resultan un tanto infantiles en relación con el resto del contenido del libro, además de ser notablemente más imprecisas que los planos topográficos esquemáticos tradicionales.

La maquetación e impresión son excelentes, lo mismo que la encuadernación en pasta dura, y la traducción es correcta, lo que a tenor de lo dicho antes no deja ya de ser casi una novedad. A diferencia de otros libros destinados al gran público, la bibliografía final, agrupada por capítulos, es más que suficiente y en general actualizada.

En conjunto, pues, el libro editado por Akal es una bienvenida adición a la bibliografía en español sobre la guerra antigua. Su principal punto débil, la necesaria simplicidad de cada breve capítulo dedicado a temas a veces muy amplios: por ejemplo dieciocho páginas difícilmente pueden arañar, siquiera superficialmente, lo que sabemos sobre la guerra en la Grecia arcaica y clásica. Sus puntos fuertes son la amplitud de miras —incluyendo una proporción significativa de contenidos sobre Asia y América—, las abundantes ilustraciones, y la corrección y actualización bibliográfica de la gran mayoría de los capítulos, que proporcionan una amena visión general para el lector ocasional, el aficionado que se inicia en estas cuestiones, o incluso para el *connoisseur* que necesita una primera y urgente inmersión y orientación bibliográfica en un tema que le resulte por completo ajeno, como la guerra en la antigua Corea. Por poner un ejemplo.

Fernando QUESADA SANZ
Universidad Autónoma de Madrid

⁷ El solitario libro en cuestión está coordinado por este recensionista junto con Pierre Moret: P. Moret y F. Quesada, *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico*. Madrid, Casa de Velázquez, 2002. No es pues cuestión de que nos sintamos excluidos, bien al contrario. Simplemente es el libro que, editado por la francesa Casa de Velázquez, mayor difusión internacional ha tenido. Nada de la producción española de los últimos años, de autores como este firmante, Alberto Lorrio, Carlos Sanz Mínguez, o Francisco Gracia, pro citar algunos ejemplos de autores de trabajos novedosos, es mencionado.

LONDON, J. E.: *Soldados y Fantasmas. Historia de las guerras en Grecia y Roma*. Barcelona, Ariel. ISBN: 84-344-5218-9.

En la abundante producción reciente sobre la Historia militar de la Antigüedad clásica, es ya raro encontrar obras que sean verdaderamente originales, que aporten algo nuevo, si no en los datos sí al menos en la visión y planteamiento. Pero en este libro encontrará el lector ideas atractivas y originales expuestas con rigor y amenidad, además de vigor narrativo.

Como a menudo ocurre, el subtítulo de la traducción española no recoge fielmente el contenido del subtítulo —y del libro— original. No se tratan ni la guerra naval o la de asedio, ni se nos cuenta el desarrollo de las Guerras Médicas o de las Púnicas. No se trata en realidad de hilvanar una —otra— narración de las guerras del mundo antiguo, sino de realizar un provocativo análisis de la *batalla* en el mundo clásico, de sus mecanismos y desarrollo; y del marco psicológico, ético, social y tecnológico en que lucharon los hoplitas griegos o los legionarios romanos. El papel del ideal competitivo en el mundo grecorromano es así uno de los grandes temas del libro.

Aunque el desarrollo de la obra es cronológico, comenzando con la *Iliada* y acabando con la campaña persa de Juliano *el Apostata* en el s. IV d.C., y su narración relativamente sistemática, no sigue un tratamiento lineal. Por el contrario, para cada periodo que analiza desde la perspectiva citada, Lendon escoge una batalla o campaña especialmente significativa, que emplea como estudio de caso: Platea, Delion,

Pidna, etc. Es de agradecer por demás que estos ejemplos no sean los habituales y ya tediosos de Termópilas o Cannas, por ejemplo. Con todo, cada capítulo comienza con un muy sintético intento de narrar la historia militar de cada periodo tratado, de manera que el lector no especialista pueda seguir con facilidad la evolución y los cambios que se dan, por ejemplo, entre la Grecia Arcaica y los reinos helenísticos (primera parte) o entre los orígenes de la república romana desde c. 349 a.C. —no se analiza el periodo etrusco y el primitivo ejército hoplita romano— y el final del Imperio (segunda parte).

El autor conoce perfectamente la bibliografía y el debate académico recientes, y ello se aprecia en la selección de temas discutidos en profundidad. Un glosario y cronología ayudan al no especialista, mientras que las abundantes notas bibliográficas resultan una mina de información para el aficionado o especialista. Es muy de agradecer que se haya incluido un extenso índice temático que ayuda a manejar el libro.

En conjunto, pues, se trata de una obra atractiva e indispensable para el estudioso y el aficionado avezado a la historia militar antigua, y desde luego constituirá una sorpresa para quien piense que la Historia Militar antigua es una recreación con otras palabras de los textos de Livio o Polibio, una aburrida narración de batallas.

Fernando QUESADA SANZ
Universidad Autónoma de Madrid

MENÉNDEZ ARGÜIN, Adolfo R. (2006): *Pretorianos. La guardia imperial de la Antigua Roma*. Madrid, Ediciones Almena. 18 €.

SAEZ ABAD, Rubén (2007): *Artillería y poliorcética en la Edad Media*. Madrid, Ediciones Almena. 18 €.

Salvando algunas excepciones meritorias, la publicación de libros de autores españoles sobre temas de Historia Militar Antigua y Medieval oscila en los últimos años entre densas monografías con nula distribución en el circuito comercial, y una proliferación de libritos livianos en tamaño y contenido, en ocasiones plagados de errores no sólo de apreciación sino —lo que es mucho más grave—, de hecho. Faltan obras escritas por especialistas que sean capaces de escribir con amenidad y claridad, pero que a la vez conozcan el material que tratan las fuentes, la metodología y las últimas tendencias de la in-

vestigación, aspectos éstos que no se reflejan en las añejas obras clásicas que se citan y recitan, sino en revistas especializadas de publicación más inmediata, pero a menudo de difícil acceso para quien no conozca los arcanos de la investigación.

Es en este contexto en el que podemos dar con satisfacción la bienvenida a la publicación por parte de la Editorial Almena de dos obras dedicadas, una al estudio de las cohortes pretorianas del Imperio Romano, y otra a las ciencias de la artillería y el asedio en la Edad Media, y que cumplen los requisitos que señalamos.

El trabajo de Menéndez Argüin cuenta con el necesario aparato de notas a pie de página, y un utilísimo Apéndice II que recoge, por unidades, los epígrafes de pretorianos; ambos aspectos satisfarán al especialista y al universitario. Pero a la vez, el autor hilvana un texto completo, ameno, bien ordenado, muy superior a libros similares sobre el mismo tema publicados en editoriales anglosajonas mucho más populares. Los diferentes capítulos tratan con rigor la organización y evolución de la Guardia Pretoriana, sus jefes, su campamento en Roma, sus misiones en la ciudad y en campaña, así como su lamentable tendencia a involucrarse en política y su ignominioso final.

El libro de Ruben Saéz continúa en el tiempo un trabajo anterior sobre poliorcética antigua, para trazar ahora un metódico cuadro de la guerra de asedio en la Edad Media desde el punto de vista del estudio de la maquinaria de asedio y defensa. Muy ambicioso, el autor aborda en poco más de doscientas páginas la maquinaria bélica del mundo bizantino, cristiano occidental y musulmán, y trata no sólo las operaciones en tierra, sino también la artillería en el ámbito

naval, e incluso se inicia en los misterios de la artillería de pólvora. Lógicamente, estamos ante un trabajo de alta divulgación en el que el tratamiento sistemático de la información y la labor de síntesis priman sobre la multitud de problemas de detalle que no pueden analizarse. Y en este sentido, la amplitud de miras en el tiempo y el espacio resulta aquí una ventaja. Un capítulo atractivo sobre la arqueología experimental, y una serie de útiles apéndices documentales sobre el empleo de artillería en la Península Ibérica completan la obra, que cuenta además con un discreto aparato de notas y con una bibliografía muy abundante y completa para lo habitual en este tipo de libros.

Ambas obras están bien ilustradas —aunque en algún caso pies de foto «bailados» inducen a confusión—, bien impresas, y resultan de agradable manejo. Útiles para el aficionado pero también para el profesional que desee contar con una síntesis apretada y actualizada.

Fernando QUESADA SANZ
Universidad Autónoma de Madrid